sonas piadosas para ganar la indulgencia plenaria concedida por Su Santidad.

4.º La presente Pastoral será leída en todas las iglesias, capillas y demás lugares en que se celebre el santo sacrificio, el domingo inmediato á su recepción.

Dado en la parroquia de los Doce Apóstoles de Valparaíso, de santa visita, el día 3 de septiembre de 1888.

MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

BERNARDO ARÁNGUIZ,
Notario de Visita.

PASTORAL
SOBRE LA LIBERTAD HUMANA.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y pueblo fiel, salud en el Señor.

SOMOS deudores, amados diocesanos, á la solicitud apostólica de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII de un nuevo y precioso beneficio al publicar la hermosa encíclica que hoy os damos á conocer para vuestra instrucción acerca de una de las materias más importantes y más sagradas: la libertad humana. Debemos agradecer al cielo se haya servido inspirar al Vicario de nuestro Señor Jesucristo las sublimes enseñanzas que este documento contiene. Si siempre es grato al católico oir la voz del sucesor de San Pedro, hoy hemos de tributar especiales gracias al Omnipotente por el inapreciable servicio que nos ha hecho al darnos un guía infalible en su Iglesia y en la cabeza de ella, el Romano Pontífice. Al ser conocido el documento á que nos referimos, los obispos todos de la cristiandad no han tenido sino una voz para proclamar inspirado á su autor, y este concierto de alabanzas ha sido repetido hasta por los que no le veneran como Padre, Pastor y Maestro. Pocas veces la voz del Vaticano ha tenido mayor resonancia en el mundo todo.

Nada hay que agregar á esta completísima demostración, y de buena gana nos habríamos contentado con publicar la encíclica sin introducción alguna, si las tradiciones

respetables de nuestra Iglesia y el acatamiento que debemos á las enseñanzas del Maestro infalible no nos obligaran á ello. Hablamos, pues, solamente, para manifestar nuestro humilde y total asentimiento á tan bellas enseñanzas y estimularos á vosotros á meditar detenidamente lo que hoy nos propone para nuestra instrucción en materia tan importante el Vicario de nuestro Señor Jesucristo.

I.

El hombre sin libertad carecería de mérito y en poco se distinguiría del irracional. Al criarlo Dios *á su imagen y semejanza* lo hizo libre y responsable de sus propias acciones, lo que constituye su dignidad y su grandeza. Empero, acerca de la libertad humana han circulado en el mundo errores trascendentales, que refuta con admirable claridad la palabra del Pontífice Romano en la presente encíclica.

Narrar los errores acerca de la libertad, aceptados y sostenidos por los hombres en las diversas épocas del mundo, sería referir la historia de la humanidad, mirada en su aspecto más comprensivo, pero también en el más triste y humillante.

Inútilmente se esforzaría la imaginación más fecunda por inventar un solo error que el hombre no haya reputado verdad. El labio cristiano se niega á mancharse repitiendo las torpezas innumerables que los hombres sin Dios han colocado entre sus dogmas, cual si se hubieran empeñado en manifestar así á las futuras generaciones hasta dónde llega la debilidad y miseria de nuestra caída naturaleza y cuánto habemos siempre menester del sobrenatural auxilio de la gracia.

Nada hay más claro que la debilidad de nuestra inteligencia, que á cada paso se ve obligada á desechar lo que por largo tiempo había creído indisputable verdad. Sistemas por todos aceptados como la última palabra del humano saber, que parecían explicar cosas hasta hoy inexplicables, vienen por tierra repentinamente con la destrucción de su base que un nuevo descubrimiento muestra errónea.

Y sin embargo, el hombre que á cada instante está presenciando y experimentando tan tristes caídas, que bien puede contar sus días pero no sus errores y engaños, que aun en lo que más le interesa y le es más familiar yerra á cada paso, ese hombre que tanto debía conocer su debilidad, se yergue orgulloso contra Dios y su santa Iglesia y opone á las divinas infalibles enseñanzas los fueros y los dictados de su razón. Cuando el hombre ha tenido la desgracia de apartarse de Dios no escarmienta: si se trata de creer al que no puede engañarse ni engañar, hace alarde de despreciarlo y se declara á sí propio suprema regla de verdad. ¿Qué sería de nosotros si Dios no nos hubiese dado otro que ese débil guía para dirigirnos á nuestro último fin, á lo único verdaderamente importante? Si en las cosas más triviales, en las que más conoce y á las cuales dedica su vida toda yerra el hombre frecuente y groseramente, ¿qué seguridad prestará al tratarse de las abstrusas y sublimes verdades de la fe?

Cuantos en diez y nueve siglos se han apartado del centro de verdad, del guía infalible que se llama Iglesia católica, han proclamado todos los errores, aceptado las mayores aberraciones y sostenido las más extrañas contradicciones. El rechazo de la autoridad establecida por Dios en materia de fe y de moral equivale á la pérdida de los principios fundamentales de la fe y de la moralidad. Toda la antigüedad suspiró porque la luz de la inteligencia bajara del cielo en nuestro socorro.

Diez y nueve siglos de luchas han sido para la Iglesia diez y nueve siglos de esplendorosos triunfos, triunfos tanto más brillantes cuanto que Dios parece complacerse por el

contraste de las circunstancias en que la Iglesia los alcanza. Cuando la herejía se cree victoriosa, cuando el error parece universal é irresistible, cuando la impiedad canta la muerte de la Iglesia, entonces, la al parecer vencida, impotente, moribunda, levanta serena la voz y proclama la verdad. Y, como por encanto, se despeja el cielo cubierto de nubes y pasa instantáneamente la tempestad, la herejía está desarmada, el error ya no existe y la impiedad, llena de confusión y de odio, ve salir, de su aparente supulcro, más brillante, más fecunda á la eterna Esposa del Cordero. «El poder de la verdad es tan grande, dice San Hilario de Poitiers, que cuanto se hace por combatirla no consigue más que ilustrarla. Ella es inmutable por naturaleza y los ataques que se le dirigen le dan nueva fuerza. Porque es de la naturaleza de la Iglesia el ser tanto más victoriosa, cuanto es más vivamente combatida; tanto mejor conocida, cuanto es más calumniada; y tanto más poderosa, cuanto es más abandonada.» [1]

¡Cuán cierto es que todo lo que la Iglesia marca con su indestructible sello se inmortaliza y que nada hay tan tenaz como la esperanza cristiana. Ésta es la historia de la Iglesia y en todos los siglos puede observarse el providencial fenómeno de su admirable vitalidad; pero en nuestros días es quizá cuando con mayor esplendor lo ha mostrado Dios al mundo. En medio de la corrupción general ha puesto en la cátedra de Pedro, dechado de virtudes, en que el mundo puede mirar su propia condenación y los católicos estímulo y glorioso ejemplo; cuando toda grandeza de carácter parece haber desaparecido de sobre la tierra, el Vicario de Jesucristo está diariamente ofreciendo el espectáculo de la más alta grandeza moral. El corazón se regocija al observar á esos hombres puestos por Dios

[1] De Trinitate I, 7.

en la mayor altura para servir á la humanidad de faro, de consuelo y de esperanza. Llámese Pío ó León, siéntase momentáneamente aclamado por las turbas ó pase largos años expuesto á los insultos de soez populacho al rededor del Vaticano, convertido en augusta prisión, de todos modos, en todas circunstancias, son y se manifiestan grandes sobre toda ponderación y obligan á los mismos enemigos á admirar y venerar al que no por eso, en su odio satánico, dejan de perseguir. ¡Ah y cuán santo orgullo experimenta hoy el corazón de los millones de católicos diseminados por todo el orbe, al ver que el Romano Pontífice, padre amado de todos ellos, primer representante y vicario en la tierra del Dios del cielo, de tal manera se levanta sobre los demás hombres, que obliga á los más altos monarcas á buscar en él, desvalido prisionero, un respetado árbitro que con su fallo evite en arduas diferencias á dos pueblos el derramar la sangre á torrentes en los campos de batalla!

Para exaltación del Pontífice Romano todo el mundo acaba de darse cita en la ciudad eterna, ofreciéndole un homenaje sin igual tal vez en la historia de la humanidad. Y León XIII para corresponder á tan solemne ovación ha hecho resonar su voz y ha dado al mundo el don preciosísimo de su palabra inspirada, regalo mil veces más hermoso que cuantos han depuesto á sus pies soberanos y pueblos. La encíclica *Libertas* á que nos referimos, lleva en verdad el sello de la profunda ciencia, vasta concepción y brillante claridad que resplandecen en el gran filósofo y admirable teólogo puesto por Dios para gloria de su Iglesia en la Cátedra de Pedro. Será de las más notables entre las notabilísimas de León XIII y será siempre consultada como la última expresión de la verdad y de la ciencia en la importantísima materia de que trata. Este documento abraza en sus principales aspectos un asunto de donde na-

cen las cuestiones más arduas, más debatidas y de más prácticas consecuencias para el individuo y la sociedad, como que á un mismo tiempo sirve de fundamento á la moralidad y de razón á los deberes, y señala los límites en que gobernantes y gobernados pueden á la vez ejercitar lícitamente su acción.

II.

Existir por sí mismo es la esencia de Dios; y como crió Dios al hombre á su imagen y semejanza, quiso que su criatura participase, en cierto modo, de aquel nobilísimo atributo.

Á este efecto dotó al hombre de libertad, lo puso en aptitud de obrar el bien ó el mal, de merecer recompensa ó castigo, de alcanzar ayudado de la gracia, por sus propios actos, el fin á que ha sido elevado, la felicidad eterna. Sin duda que nada podemos por nosotros mismos en el orden sobrenatural, que, como lo indica su nombre, está sobre toda criada naturaleza; pero Dios, elevándolo á ese orden y conservándolo en él por su gracia, le deja en la libertad el mérito de la cooperación: ha dispuesto las cosas de tal manera que, *habiéndonos criado sin nosotros, no puede sin nosotros salvarnos*[1]. De este modo entra nuestra cooperación, nuestra libre voluntad, como factor necesario en la bienaventuranza que, por la eternidad, ha de constituir nuestro premio.

Por lo mismo que todo depende del uso de nuestra libertad, cuantos quieren perder al hombre no cesan de repetirle el *non serviam* del infierno, *no serviré*, que, fórmula de la primera rebelión, es y será hasta la consumación de los siglos la triste expresión del error y de la impiedad.

Nunca como en el presente siglo se ha abusado tanto de la palabra libertad. Si hubiéramos de creer á los ad-

[1] San Augustín.

versarios de la Iglesia, apenas hace un siglo que el hombre se da cabal cuenta de su libertad y que ha proclamado sus derechos. Y precisamente, cuando se aprestan á celebrar el centenario de esa mentida libertad, la voz augusta del venerado Pontífice enseña al mundo la libertad verdadera y le recuerda en frases inmortales que todos los derechos del hombre desaparecen de la sociedad que desconoce los derechos de Dios.

En vano llama el mundo esclavitud á semejante obediencia, en vano procura demostrar que para ser libre el hombre ha de conculcar toda regla y hollar toda ley impuestas por Dios: no conseguirá ahogar la voz de la verdad proclamada claramente por la razón. No pierde la libertad quien se somete á Dios, á la ley; no pierde la libertad, sino que la ejercita noblemente. Y mientras mayor sea su sumisión, mientras mayores los sacrificios que hace en su obediencia, mayor es, también, la prueba de libertad que da en su acción. La virtud aumenta la libertad como el vicio la debilita ó la mata.

Recorred una á una las pasiones, y en ellas veréis más ó menos de manifiesto la justificación de la frase que el buen sentido pone en los labios de todos para calificar á un hombre vicioso: *es esclavo de sus pasiones*. Y así es, en verdad. Las cadenas que al vicio lo ligan son tan pesadas como ominosas, y veces hay en que se necesita sostener lucha heroica y larguísima para sacudir el deshonroso yugo. ¡Y cuán pocos viciosos logran esa victoria, que un hombre habituado á cumplir sus deberes ni siquiera mencionaría entre sus triunfos!

He ahí, amados diocesanos, la libertad que se alcanza apartándose de la ley de Dios, sacudiendo su santo yugo, que, como Él lo dice, *es suave y hace ligera la carga*[1].

[1] Matth. 11, 30.